

El soldado más valiente

—«Los destacamentos de Puerta Cristal y Galerna se encargarán de cubrir la retirada».

La frase resonaba en mi cabeza una y otra vez al ritmo de los acelerados latidos de mi corazón. Hasta ahora siempre habíamos dependido de nosotros mismos, pero esa orden lo había cambiado todo. De repente no importaban la superioridad táctica, el valor o la destreza con las armas. Todo el ejército de Rhoetas se retiraba en desbandada y nosotros debíamos permanecer entorpeciendo la persecución de nuestro enemigo. El general nombró esos dos destacamentos como podría haber nombrado otros cualesquiera. Era como caer enfermo o ser golpeado por un rayo, una pena de muerte tan injusta y aleatoria que mi cerebro se negaba a asumirla.

Tras los árboles de la fronda cercana se recortó una silueta inconfundible. Érica, la inquieta pelirroja, avanzaba por la escarpada colina, menuda y orgullosa, sorteando los pinos. La perseguían dos soldados, legionarios rasos. Uno de ellos se detuvo y echó mano de la jabalina que portaba a la espalda, demasiado tarde, yo había dejado volar una flecha que impactó limpiamente en el torso del soldado, justo en medio del puño olmanense. El joven y su jabalina cayeron rodando por la pendiente. Érica por su parte había conseguido llegar al final de un repecho y se giró para encarar a su, ahora, solitario perseguidor. Este vaciló unos segundos y, por fin, trazó un arco con su espada destinado a rebanar los pies de la chica, esta lo esquivó de un pequeño salto y propinó un tajo a la mano del arma, destrozándola. Alto seguido echó a correr colina arriba. Detrás de ella quedó el olmanense buscando sus dedos entre sollozos.

Al punto estaba de llegar Érica hasta mi posición cuando un brillo entre los matorrales hacia su derecha me reveló la posición de otro enemigo.

—¡Al suelo, Érica! —grité. La chica obedeció sin pensarlo y un virote pasó rozándola y clavándose en un pino a varios metros de allí. Inmediatamente volvió a levantarse para cubrirse detrás del árbol más cercano.

—¡Entregaos y se os perdonará la vida, rhoesianos! —La voz provenía de los mismos matorrales.

Erica me miró y señaló hacia abajo, a la explanada, negando con la cabeza. El gesto cayó como una jarra de agua fría en mi corazón. Muchos de mis mejores amigos no habían pasado por allí aún. Si Erica era realmente la última de nuestro destacamento, no quedaba esperanza alguna.

—¡Es vuestra última oportunidad, rhoe...! —Un gorgoteo interrumpió la amenaza.

—¡Estáis a salvo! —Rolvén salió de los espesos matorrales, intentando limpiar su daga en el ya ensangrentado tabardo rhoesiano.

— ¡Rolvén! —Erica corrió hacia él—. Déjame ver esa herida, parece grave. Nuestro capitán tenía una fea brecha en la frente y la cara bañada en sangre.

—No te preocupes de eso ahora, no tenemos tiempo que perder. —Se giró hacia mí y me dedicó una sonrisa cansada—. Es increíble cómo has logrado defender esta posición. Ya no queda nadie más ahí abajo, corramos hacia el valle.

Intenté articular palabra, mas no pude. Afortunadamente Erica parecía haberme leído la mente.

—Martt huyó hacia la ribera con su padre pero el pobre Matías iba malherido. Espero que el chico tenga la suficiente sangre fría como para dejar a su padre allí o será capturado.

—¡Hijos de puta! —La cara de Rolvén se contrajo en una mueca. Matías nos había enseñado a todos los guerreros de Puerta Cristal todo lo que sabíamos. Para Rolvén era como un segundo padre. Emitió un suspiro y se recompuso lo mejor que pudo. —La mejor forma de honrar las muertes de nuestros amigos es salir de aquí con vida. Algaria, Marco y Esterón tomaron el rodeo de la linde. Había varias patrullas de caza por allí pero si alguien puede haberlo conseguido son ellos. Démonos prisa y quizá podamos unirnos a ellos y atravesar juntos el valle de Bela.

Los tres asentimos y echamos a correr conmigo a la cabeza. Yo había estado explorando aquel bosque antes de la batalla y me figuraba imposible conseguir atravesarlo sin toparnos con más patrullas de caza. No sabía si acabaría con nosotros la primera patrulla en encontrarnos, la segunda o la décima. Lo que sí sabía es que ya había dado mi vida por perdida y había decidido vendérsela lo más cara posible a esa escoria de Olmas.

Dos horas más tarde, habiendo esquivado providencialmente a nuestros perseguidores, los pinos empezaban a clarear según nos aproximábamos a la linde. Saltaba poco para el ocaso y los naranjas del verano bañaban el bosque, distorsionando sus formas con una calidez onírica. Levanté el puño, mis compañeros se detuvieron y me giré hacia ellos.

—Descansemos un par de minutos. Nos quedan unos cuatro kilómetros hasta el río, la mayor parte campo a través y a cielo descubierto. Nos interesa tener aliento para poder atravesarlo a toda velocidad —susurré. Rolvén y Erica asintieron. Nos sentamos bajo un pino pequeño rodeado de enebros y otros arbustos. Saqué mi odre del zurrón y lo ofrecí. Los tres bebimos de él y Erica aprovechó para limpiar la herida de nuestro capitán y aplicarle unas vendas hechas apresuradamente con jirones de su tabardo.

—Bien. —Rolvén comenzó a dibujar en el suelo con una ramita—. Cuando lleguemos al río, lo seguiremos hasta el Cian, si todo ha ido bien tendremos aún algunas barcas esperándonos con las que remontar su curso hasta llegar al Hijo del Cian y dejarnos llevar por su corriente hasta casa.

—No. —Agarré un trozo de corteza y comencé a dibujar sobre su improvisado mapa—. Olmas tiene un destacamento permanente en Miritrias y apostaría a que hay un paso directo por las estribaciones de la Espalda de Miretren por donde entran sus soldados sin tener que recurrir al Paso del Siervo. Es la única explicación a que hayan cogido a nuestros refuerzos por sorpresa desde la retaguardia. Si esto es así, habrán bajado precisamente por el Cian, posiblemente en los cargueros miretrensés, y tendrán su curso bajo control. Nuestra mejor opción es usar esos botes para cruzar el Cian dejándonos llevar por su curso hasta el Meandro de Bela y, de ahí, cruzar la pradera hasta el Bosque de la Luna.

—¿Y si han desembarcado también a ese lado del río?

—Seguramente lo hayan hecho, Erica, pero habrán ido directamente a Galerna. Es una ciudad rica, llena de caballos y ganadería. Demasiado jugoso y afortunadamente predecible. Una vez estemos en el bosque lo atravesaremos hasta las Montañas Bastardas. Los pastores de por allí nos informarán de la situación por los alrededores y ya podremos decidir si volver a casa a través de Dicha o bordeando la Costa del Seris.

Nos observamos en silencio y asentimos. Rolvén alisó la arena con la mano para borrar el mapa e hizo el gesto de tirar la rama, pero se detuvo. Miró la tierra donde unos segundos antes habíamos trazado nuestro plan y dibujó el escudo de Rhoegas con la ramita. Después la clavó sobre él y le anudó un pequeño retal de su tabardo rojo. Los tres nos quedamos mirando la maltrecha banderita y nos echamos a reír a la par que nos mandábamos a callar los unos a los otros. En ese momento unos gritos provenientes del oeste nos devolvieron a la dura realidad.

Tres soldados rhoesianos eran perseguidos por otros tantos enemigos a tan solo un centenar de metros de donde nosotros estábamos. Un poco más alejado, pero a un sorprendente buen ritmo, los seguía un guerrero de choque de la Guardia Negra. A pesar del escudo macizo, cuyas cadenas tintineaban frenéticamente y la pesada armadura completa que vestía, aquel hombretón corría a toda velocidad tras su presa. Estaba bañado en sangre de arriba abajo, los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas y las obscenidades y burlas que vociferaba le daban un aspecto aún más terrorífico.

—¡No huyáis, rhoesianos, os traemos la paz de Olmas! —repetía para luego estallar en carcajadas.

Rolvén se levantó, los dientes apretados y la mirada desafiante. Se giró hacia mí.

—Sigue a ese desgraciado sin que te vea, en cuanto tengas un blanco seguro a través de su armadura mándalo con el Único. Erica y yo vamos a adelantarnos y salir al paso de nuestros aliados, seremos seis contra cuatro—. Puso una mano en mi hombro y otra en el de Erica, tanto ella como yo hicimos lo mismo.

—¡Por Manrique y por Rhoegas! —dijimos al unísono.

Llevaba diez minutos persiguiendo a aquel incansable mastodonte cuando se detuvo. A sus pies yacía un joven con los colores de Rhoegas, tan solo era un chiquillo aún en su pubertad. Tenía la espalda apoyada contra un gran pino y sus tripas se le escapaban entre los dedos de un gran tajo en el bajo vientre. Entre sollozos dedicaba su alma eterna al Único y recordaba a su madre que lo esperaba en vano en Piedra Baldía, o eso me pareció oír. El Guardia Negra lo miraba divertido moviéndose de un lado a otro.

—¿Pero qué tenemos aquí? Sí es la élite del ejército de Rhoetas —Se acuclilló y puso su cara muy cerca de la del muchacho—. Oye, nene, cuando te reúnas con tu rey dile que la próxima vez envíe soldados de verdad. ¡O al menos con la tripa llena! —Tras lo cual estalló en carcajadas—. ¡Con la tripa llena! ¿Lo pillas? Ja, ja, ja. Es buenísimo.

Me encaramé al tronco de un pino y subí por sus ramas para tener una mejor perspectiva de su cabeza y preparé una flecha en mi cuerda. El espectáculo era grotesco y abyecto.

—Por favor, acabe con mi sufrimiento, estoy preparado.

—¡Pero bueno... Este tío es el más valiente de Rhoetas! ¿Sabes qué voy a hacer? Te voy a disecar y te voy a poner en un museo. Total, no tengo ni que vaciarte las tripas. ¡Ja, ja, ja, ja! Eres la monda, en serio. Se pueden hacer tantos chistes contigo... Pero vamos a dejarnos de chistes. Tú quieres morir ya, respeto eso y te lo voy a conceder.

—Gracias, señor. —Los ojos del chico, bañados en lágrimas, se iluminaron durante un momento.

—Pero tengo que darte una muerte que esté a tu altura. Por algo eres el rhoesiano más valiente que se haya visto. Esto va a ser muy romántico. A vosotros los maricones de Rhoetas os gustan mucho todas estas cosas tan bonitas. —Sacó algo de su bolsa y se lo mostró al chico. La cara de ese se descompuso—. Tú, yo, el aire seco del verano, todo este montón de hojas secas y... mi pedernal. Ya verás, va a ser... ¡Alucinante! Ja, ja, ja. Al-luz-inante... ¿Lo pillas? Creo que esta vez no lo has pillado.

Y él también iba a dejar de pillarlo en breve, mis ojos estaban clavados en su cabeza, mis brazos tenían el arco en la tensión exacta, mis pulmones se detuvieron y mis dedos empezaron a dejar deslizarse la cuerda y... mis pies sintieron un crujido y se precipitaron al vacío. La flecha voló libre y mi cuerpo perdió el control de la verticalidad. Un segundo de incertidumbre y un crujido sordo en mi costado derecho seguido de un dolor punzante y abrumador desde la cadera hasta la axila. Recordé aquel día que fui con mi padre al bosque y encontramos un lobo muerto con un gigantesco mordisco en el costado. —Esto debió sentir—, pensé. Un alarido de furia me sacó de aquel recuerdo.

—¡Maldita hija de puta! —El mastodonte de ojos saltones se erguía sobre mí. Mi flecha le sobresalía del omoplato izquierdo y un reguero de sangre le chorreaba por la parte delantera de la pierna. La flecha lo había atravesado, dentro de una hora estaría muerto. Su cara ya no reflejaba odio, sino ira. Sabía que estaba condenado y tenía miedo. Lo miré y sonreí—. Sí, zorra lesbiana, me has matado. Pero yo te voy a hacer sentir a un hombre de verdad.

Tiró sus armas, se lanzó sobre mí y sus enormes manos me estrangulaban. Retomé el control sobre mi cuerpo, a pesar de que cada movimiento me hacía sentir como si volvieran a darme aquel mordisco en el costado. Le golpeé, le arañé, intenté sacarle los ojos, luché con todas mis fuerzas... sin éxito. Cuando mis brazos perdieron su fuelle, comenzó a golpearme en la cara con sus enormes manos enfundadas en los guanteletes de acero. El primer golpe fue el que más dolió, el segundo hizo brotar una fuente de sangre por toda mi cara, el tercero me hizo crujir el cráneo contra la tierra. Todo empezó a dar vueltas, mis brazos y mis piernas convulsionaban y las cuencas de los ojos, encharcadas con mi propia sangre, no me dejaban ver. Entonces sentí una bofetada, no me dolía pero podía sentirla. Ya no era el tacto de un guantelete, sino el de una mano. Dos fuertes tirones me despojaron de mis pantalones y una mano se introdujo en mi ser, hurgando en mi vagina y en mi orgullo.

—Este coño está muy estrecho, cariño. Aquí no ha entrado una buena polla nunca, ¿verdad? Me va a encantar rompértelo mientras te estrangulo. No hace falta que te muevas, los estertores van a darle suficiente ritmo al asunto. Es verdad que lo tienes un poco seco, pero no te preocupes, que eso tiene arreglo. —Sus manos vinieron repetidamente a empaparse de sangre a mi cara mientras él se manoseaba. Me iba a violar con su grotesco pene embadurnado en mi propia sangre. Eso sería lo último que sentiría en mi vida. La rabia, el miedo y la impotencia me consumían pero no lograba tomar el control de mi cuerpo.

Por fin me rendí, esperando el crudo final, pero este nunca llegó. Un crujido sordo y un peso desplomado sobre mí. Cuando Rolvén y Erica me encontraron y me sacaron de debajo de aquel degenerado, pude ver, tras él, el cuerpo del joven destripado. Aferraba una piedra ensangrentada entre sus manos.



—Te avisé que era una historia muy dura de contar y de escuchar. —Las mejillas de ambas estaban bañadas en lágrimas.

—Lo siento muchísimo, Cara. La vida ha dejado una pesada carga sobre tus hombros. —La chica se limpió las lágrimas de su cara y después limpió las de la cara de Cara con dulzura.

—Bueno, enséñame eso que te ha dado Rolvén para mí.

—Aquí tienes —dijo mientras le entregaba una cajita de madera. Cara sacó de ella una extraña raíz y un gran trozo de tela azul plegada—. Rolvén dijo que, al parecer, si haces una infusión con ella y te la bebes antes de acostarte, esa noche no sueñas.

—En ese caso devuélvesela, a él también le hace falta.

—Dijo que dirías eso, y que no te preocupes, que él ni siquiera puede dormir. Acerca de la tela azul dijo que tú sabrías para qué es.

El tañer de las campanas de la iglesia las sobresaltó. Edma se levantó y se dirigió a la puerta.

—Me tengo que ir Cara, tengo que relevar a Algoria y Esterón y ni siquiera estoy vestida con el uniforme. —Cara la acompañó y se quedó en el umbral de su casa viendo a la entusiasta joven alejarse por la plaza. De repente esta se paró y se giró hacia ella—. ¡Ese idiota tenía razón! —gritó desde el medio de la plaza.

—¿En qué?!

—¡Ese chico era el soldado más valiente de Rhoetas!